

reconocimiento, rechazo o aprobación de los otros—, da cuerpo a “la dimensión pública del amor”.

Hutchinson compara las principales visiones éticas salidas de las páginas cervantinas. Allí, donde imperan las leyes de intercambio social, ha procurado otorgar herramientas críticas que permiten al lector dar sentido a la fidelidad, la traición y, en general, a los principios de la caballería andante, elementos identificados por una lectura afianzada de la obra. Aunque el texto no está libre de fallas estilísticas, su desarrollo es acertado, se lee fácilmente, tiene un formato agradable y la bibliografía es generosa. Después de contrastar párrafos, diálogos y personajes de la narrativa cervantina, Hutchinson alcanza su objetivo: a cambio de un análisis que privilegia el hecho social, consigue subrayar la presencia del valor y la *economía ética*, para demostrar la fuerza irrefutable de los comportamientos humanos.

MARIO ENRIQUE ERASO  
El Colegio de México

ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ, *El “Quijote” de Cervantes y el “Quijote” de Pasamonte, una imitación recíproca*. Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2001; 450 pp.

Los textos anónimos o firmados con seudónimo son una constante tentación para los investigadores. Determinar la identidad de Alfonso Fernández de Avellaneda, quien firmó la Segunda parte apócrifa del *Quijote*, es una fuente inagotable de conjeturas que, lejos de develar el misterio, aguijonean la curiosidad de un buen número de cervantistas. En este libro, Martín Jiménez no añade un nuevo nombre a la lista de posibles “Avellanedas”; a cambio, prefiere retomar la hipótesis de Martín Riquer (*Cervantes, Pasamonte y Avellaneda*, Sirmio, Barcelona, 1988) según la cual Avellaneda era en realidad Jerónimo de Pasamonte, un soldado aragonés caricaturizado por Cervantes, en la Primera parte del *Quijote*, como el personaje de Ginés de Pasamonte. Cauteloso, Riquer aclaró que aquello no podía demostrarse hasta contar con las pruebas documentales pertinentes.

Entre las afirmaciones de Riquer, retomadas aquí por Martín Jiménez, se encuentra la de que ambos autores se conocieron, pues participaron en algunas campañas militares durante la misma época; también se propone que Cervantes utilizó ciertos episodios de una autobiografía escrita por Pasamonte (*Vida y trabajos de Gerónimo de Pasamonte*, 1604) para construir la historia del cautivo. Así que el autor reseñado prefiere adelantarse a la aparición de los documentos, cuya

existencia reconoce improbable, y concentrarse en la comparación de todos los textos en cuestión: las dos partes del *Quijote*, la falsa Segunda parte y la *Vida* de Pasamonte. Busca posibles contactos personales entre los autores y propone un entramado de resentimientos que pudo animar la supuesta imitación recíproca. Con la intertextualidad como pauta de análisis, el contenido de la obra sigue una estructura comparativa que, por la extensión del trabajo, provoca alguna confusión, pues va de la *Vida* de Pasamonte a la Primera parte del *Quijote*, del texto de Pasamonte al de Avellaneda, y de Cervantes a Pasamonte-Avellaneda.

Como le interesa demostrar que “Cervantes conocía perfectamente la identidad de su rival” (p. 15), Martín Jiménez parte de la búsqueda de situaciones comunes que favorecieran un contacto personal entre ambos autores (por ejemplo, de agosto de 1571 a abril de 1572); y sugiere que ahí se encuentra el origen de la rencilla. De ahí en adelante, hará notar algunas coincidencias entre la *Vida* de Pasamonte y la Primera parte del *Quijote*, sobre todo en los episodios de Ginesillo y el del caballero cautivo. No es muy afortunada la relación propuesta entre la *Vida* de Pasamonte y el *Quijote* de Avellaneda —la cual comprobaría la doble identidad en cuestión—, pues se basa en detalles circunstanciales, como ciertas alusiones a supersticiones y costumbres religiosas, conocimiento de las batallas recientes, o el uso de un léxico común que incluye imperativos y superlativos. Por último, analiza los mecanismos de respuesta que Cervantes habría introducido en la Segunda parte de la novela para advertir a su rival que conocía su identidad.

Aquí conviene recapitular, aun sucintamente, otras especulaciones acerca del verdadero nombre de Avellaneda. Se han señalado los nombres de Aliaga, Juan Blanco de Paz, Ruiz de Alarcón, Alonso Pérez de Montalbán y hasta al mismo Cervantes como posibles autores de aquella Segunda parte. Tales hipótesis partieron del registro de autores que en certámenes literarios usaron seudónimos de personajes cervantinos; o bien, se habló de editores o estudiantes que sostuvieron alguna discusión pública con Cervantes. La propuesta de Riquer, replanteada por Alfonso Martín, es novedosa porque se aleja de las anteriores, pero acarrea otros problemas.

En primer lugar, es notorio que durante la época en la que fueron escritas ambas obras, una disputa de la magnitud que supuestamente mantuvieron Jerónimo de Pasamonte y Cervantes resultaría imposible de ocultar, más aún después del éxito alcanzado por la Primera parte del *Quijote*. En segundo lugar, ninguno de los registros existentes y señalados en este libro prueba que Cervantes y Pasamonte hayan coincidido en el mismo lugar y momento; más allá de la especulación, no hay testimonio de contacto personal entre ambos autores, así como tampoco puede confirmarse que Cervantes haya leído el

manuscrito de Pasamonte; ello debilita la hipótesis del plagio inicial, que es, en todo caso, una de las pocas faltas que Avellaneda no achaca a Cervantes en su prólogo al *Quijote* apócrifo.

En tercer lugar, Martín Jiménez deja pendiente la transición estilística de Jerónimo de Pasamonte, quien pasó de una psicología profundamente religiosa, atormentada, y aquejada por múltiples problemas económicos y familiares —que escribe con el propósito de obtener ayuda de las autoridades como recompensa a sus servicios y sacrificios—, a la personalidad burlesca y satírica de un individuo conocedor del cotilleo literario de la época, que se oculta en un nombre falso sólo para tomar venganza del rival que lo ofendió previamente.

Ahora bien, el lenguaje con que Alfonso Martín construye el texto debilita la verosimilitud de sus argumentos, porque no logra atenuar el carácter polémico y especulativo de sus afirmaciones; por el contrario, lo subraya con frases como “es posible creer que”, “podría ser”, “debió de”, “sin duda” o “es fácil imaginar”; deja entrever que toma partido por Jerónimo de Pasamonte, considerándolo digno de compasión por su cautiverio prolongado, su vocación religiosa frustrada, la mala fortuna de su matrimonio, su infortunio literario y por el plagio del cual Cervantes lo hizo víctima.

Los estudios anteriores sobre el falso *Quijote* no favorecen a Avellaneda; en cambio, para Martín Jiménez, Cervantes fue un individuo jactancioso de su superioridad literaria: “deja así bien claro que está siguiendo la obra del aragonés para mejorar sustancialmente la escueta e insulsa narración que él hace de los hechos” (p. 78); hipócrita: “Pinta injustamente [a Pasamonte] como un condenado a galeras por sus delitos, cuando el mismo Cervantes sí que había sido encarcelado por los suyos” (p. 167) y hasta alcahuete: “Avellaneda había hecho poco antes una alusión a la condición de marido consentidor de Cervantes” (p. 190). Así, esta reconstrucción de Jerónimo de Pasamonte y de Miguel de Cervantes se acerca más a una novela o a un guión cinematográfico que a un texto crítico.

Desde el enfoque de Alfonso Martín, la redacción de las cuatro obras (la *Vida*, las dos partes del *Quijote* cervantino y el *Quijote* de Avellaneda) ofrece la imagen de un diálogo casi directo entre los autores que, si bien favorece la estructura de su obra, fuerza las lecturas de ambos, ya que obliga a Cervantes a leer los manuscritos de Pasamonte justo a tiempo para, en un primer momento, tomar los episodios que le interesan e integrarlos a la Primera parte del *Quijote*; y en un segundo momento, planear su respuesta, apresurar la escritura de la Segunda parte, hacer las modificaciones pertinentes a lo que ya llevaba escrito (de paso, también a algunas de sus *Novelas ejemplares*) e introducir la amenaza de delatar a Avellaneda. Supone además que Cervantes, para reiterar a Pasamonte que tenía la certeza absoluta de

su identidad, se dedicó a disfrazar interminablemente a Jerónimo de Pasamonte de lector, cómico teatral, marqués o gigante.

Como puede observarse, la hipótesis de la “imitación recíproca” conduce en ocasiones a la sobreinterpretación. Afirmar que las referencias al cuidado del alma, a la hechicería o a las visiones fantasmales son muestras de intertextualidad que vinculan la escritura de Pasamonte, Avellaneda y Cervantes, implica olvidar lo recurrente de esos motivos en la cultura de la época. Lo mismo ocurre con las coincidencias léxicas halladas en las supuestas obras de Pasamonte: el uso de superlativos, adjetivos (“sospechoso” o “aborrido”), “reniegos” y términos de guerra, no son datos suficientes para comprobar que dos textos corresponden a un mismo autor.

Aun con estas carencias, este libro ofrece algunas propuestas valiosas, principalmente la de localizar ciertas correspondencias temáticas legítimas entre la *Vida* de Pasamonte y algunos episodios de la Primera parte del *Quijote*. Si Riquer hizo notar esta similitud en 1988, entonces se trata de una vía de estudio más o menos reciente que debe ser revisada con suficiente amplitud y perspectiva histórica —insisto: sin caer en apreciaciones emocionales.

De igual modo, al replantear la participación mutua de Avellaneda y Cervantes en la construcción de sus obras, Martín Jiménez establece importantes puntos de contacto en los cuales debió concentrar su esfuerzo desde un principio, por encima de la búsqueda de indicios irrelevantes y la suposición de anécdotas. Aunque la fijación del nombre real de Avellaneda no rebasa el ámbito de la conjetura, el contraste entre los autores estudiados pone de manifiesto las particularidades de cada uno.

El “*Quijote*” de Cervantes y el “*Quijote*” de Pasamonte, una imitación recíproca implica una apuesta contra el tiempo, contra los próximos estudios alrededor de Cervantes, Pasamonte y Avellaneda, los cuales —en los dos últimos casos— primero deberían centrarse en las obras en sí mismas y después en su relación con el *Quijote*. Probablemente esos estudios propicien cambios sustanciales en la percepción de esta obra e incluso en la bibliografía, ya que Alfonso Martín Jiménez incluyó en los registros correspondientes a Avellaneda el nombre que consideró “real” a lo largo de más de cuatrocientas páginas: Jerónimo de Pasamonte, aun cuando no se trata de una convención establecida ni mucho menos reconocida originalmente por los editores consultados.

Convendrá leer esta obra sin acendrado cervantismo, quizá con pasión detectivesca, aceptar la invitación para leer o releer ambos *Quijotes* y la *Vida* de Pasamonte y, si queda tiempo, aventurar las propias conjeturas.

ADRIANA RODRÍGUEZ-TORRES  
El Colegio de México